



CARLOS
VERDECIA

El Nuevo Herald
3-24-89-8

Avila 92690

El Orlando Bosch que yo conocí

En Miami, muchos consideran a Orlando Bosch un héroe. En Washington, se le tiene por un peligroso terrorista. En La Habana, encabeza una lista negra de siniestros enemigos que hay que eliminar. Y en la cárcel metropolitana de Dade, se le identifica simplemente por su segundo apellido: Avila 92690. Detrás de todas estas etiquetas, sin embargo, ¿quién es en realidad Orlando Bosch?

La semana pasada encontré una singular respuesta a esta pregunta. Junto a otros dos ejecutivos de nuestro periódico —el editor Roberto Suárez y el vicepresidente de Relaciones Comunitarias Sam Verdeja— visité a Orlando Bosch en la cárcel donde guarda prisión en espera de que su caso sea resuelto por el Servicio de Inmigración y Naturalización.

Allí conocimos a Orlando Bosch, el ser humano. Tuvimos el raro privilegio de escuchar su historia de sus propios labios. Durante casi tres horas, el médico cubano olvidó su solitaria celda de máxima seguridad en que se ve obligado a vivir y se entregó a lo que en ese momento de su vida parecía disfrutar más que todo: acariciar recuerdos y charlar animadamente.

Una visita no periodística

No tenía esta visita un propósito periodístico. El propio Bosch nos explicó que hace tiempo ha decidido no conceder entrevistas a la prensa. Según nos dijo, ha rechazado solicitudes del *New York Times*, del *Washington Post*, de la revista *Time*, y de otros medios nacionales interesados en escribir sobre su caso, entre otras razones por no incurrir en exclusividades con ninguna publicación específica. Nuestra visita no tenía otro motivo que expresarle personalmente nuestra preocupación por su caso, y tratar de conocer de primera mano su situación.

Me había hecho la idea de que me encontraría con un hombre triste y apagado, con los hombros caídos por el peso enorme de su tragedia. Todo lo contrario. Acompañado por un guardia, se nos acercó con andar firme, erguido en sus seis pies de estatura, y desplegando una amplia sonrisa que cobró emoción al apretarnos a cada uno en un abrazo agradecido.

Inmediatamente tomó la palabra con avidez. La conversación se llenó de repente del recuerdo de sus luchas. Desde su etapa de líder universitario en La Habana —donde conoció bien a Fidel Castro— su ameno relato nos llevó por las gestas contra Batista que culminaron en el triunfo de la revolución que él ayudó a hacer, sólo para comprobar cómo ésta era traicionada. Luego hilvanó el recuento de su difícil y escabrosa guerra casi personal contra el régimen totalitario que durante 30 años ha sumido a su patria en el más absoluto oprobio.

El primer lugar en la trincheras

Escuchando a este hombre contar su historia, se me antojó que muy pocos cubanos de mi generación podrían dejar de sentir esa desagradable dosis de sonrojo al contrastar su propia conducta con la imponente presencia de un auténtico y desinteresado sacrificado. Uno podrá o no coincidir con la estrategia de Bosch o con esa suerte de misión que este hombre se impusiera a sí mismo desde los primeros años de la lucha anticomunista. Pero lo que nadie puede negar a Orlando Bosch es el haber sido totalmente consecuente con sus ideas y no haber dejado nunca que otro hiciera lo que él consideraba tarea suya.

“Yo lo puse; yo lo tengo que quitar”, se había planteado muchas veces, refiriéndose a Castro, para explicar por qué su participación en la lucha revolucionaria lo obligaba a ocu-



RAUL FERNANDEZ/El Nuevo Herald

par siempre el primer lugar en la trincheras de combate anticomunista.

No es posible medir con justeza la trayectoria de Orlando Bosch sin recordar que, además de médico cubano, él es también un médico norteamericano. Aquí en Estados Unidos ejerció su carrera varios años tras revalidar su título en una universidad estadounidense. La medicina para él nunca fue un simple accidente académico, sino una profesión viva que, de haber practicado continuamente en esta sociedad —como lo ha hecho la mayoría de su generación— su fortuna hoy sería otra. Sus azares no lo habrían llevado al riesgo constante de su vida ni a comenzar ahora su vejez, como él mismo dice, en una celda de máxima seguridad sin el más ligero asomo de prosperidad, para él o su familia.

Los tiempos han cambiado

¿Era válida la estrategia de guerra de Bosch? Hablando con él la semana pasada, hallé por fin una respuesta racional a esta recurrente pregunta. En la época en que él libró sus luchas, no solamente era la opción más viable, sino la más asequible. Incluso era la que trataban de estimular —y hasta financiaban a veces— las propias agencias y organismos oficiales de este país en su afán por librarse de Castro.

Bosch admite que los tiempos han cambiado. “Ahora la lucha puede valerse de otras formas más pacíficas, como la presión diplomática, el cabildeo . . .”, dijo.

Las horas se fueron volando. El hombre que en su celda prefiere el silencio, no atinaba a detener su intenso relato, que por momentos se tornaba trágico y en ocasiones resultaba divertido. Muchas veces una lágrima asomó en su mirada y se le vio tragar en seco para deshacerse del nudo amargo en la garganta. Rechazaba una y otra vez la idea de que nos marcháramos. Finalmente nos despedimos con otro abrazo apretado.

“Pronto lo veremos como hombre libre”, le dijimos.

“Libres sólo seremos cuando Cuba lo sea”, respondió sonriendo. Y echó a andar —erguido, vital, casi desafiantemente— de regreso a la absurda realidad de Avila 92690.